

XXVIII

Vos, yo, todos los que entramos hace una punta de años por los caminitos domésticos de la historia conservamos nítida en los recuerdos la estampa de aquel Cabildo Abierto de 1810. Allí sacudimos los hombros para quitarnos un yugo, y los brazos para que se rompiese una manea, y estuvimos libres. ¡Libres por unanimidad! Es decir, casi unanimidad, porque al margen de las resoluciones más tremendas y de las conquistas más absolutas siempre se mueve la sorda tropa de la minoría que no quiere entender. Hubo opositores entonces, como los hay ahora. Pero aquel Cabildo Abierto de las estampas infantiles, con sus cortinas de fieltro, sus candelabros ruidosos y su desfile de sorprendentes galeras color ceniza, se levantó como una bandera sobre la intransigencia de los que se oponían y flameó durante años y años, hasta que soplaron vientos de miseria o de negligencia en la patria de nuestros amores, y el pabellón bajó hecho flecos, dejando al aire la desnudez de un mástil que ya no servía para nada. Pero hoy sube nuevamente la bandera flamante de las realizaciones y el Cabildo abre sus puertas ¡otra vez! Por mucho tiempo se había olvidado la práctica de los Cabildos Abiertos. ¿Para qué convocarlos? ¿Para que el pueblo marcase a fuego a los traidores de

la nacionalidad? ¿Para que se demostrara que la historia de los gobiernos era la historia de las francachelas, la indiferencia y la esterilidad? Convocarlos hubiera sido como festejar un accidente. A los gobiernos no les interesaba, pero los Cabildos Abiertos se levantaban y se abrían en la conciencia de cada argentino que juzgaba los desmanes de los privilegiados. Ahora la conciencia sale a la calle y el pueblo se desborda cantando y abre las puertas de este recuperado Cabildo Abierto¹. ¿Y sabés por qué, Mordisquito, ahora te hablo a vos? Porque el pueblo necesita agradecer lo que se ha hecho y necesita exigir que la obra siga, que los protagonistas sigan, y que sigan creciendo y alzándose los infinitos motivos para la gratitud. Obreros, estudiantes, campesinos, ¡mujeres y niños! ¿Para qué voy a enumerarte la tremenda variedad fervorosa de los que avanzarán redoblando sobre las horas de una fecha incomparable? ¡Todos! ¡Todos, menos vos, Mordisquito! Desde todos los vértices de este triángulo de felicidad que es la Argentina se derramará el río estupendo de los que no vienen a buscar una esperanza sino a mantener una realidad. Hace años, cuando teníamos una idea, patriótica, política, ¡una idea social, Mordisquito!, para discutirla o para exaltarla nos reuníamos en una... ¡qué sé yo!... una casa, un salón de actos, un galpón de seis por ocho ¡y cabíamos todos! Hoy no. A esa multitud emocionada y convencida que abre las puertas del Cabildo nuevo le quedaría chico un estadio, un barrio, una ciudad.

¹ Se refiere al Cabildo Abierto del Justicialismo, convocado por la CGT y efectuado el 22 de agosto de 1951 con el fin de solicitarle a Eva Perón que aceptara integrar la fórmula presidencial con Juan D. Perón, en los comicios del 11 de noviembre del mismo año. (*N. del E.*)

¡El país entero necesitamos, Mordisquito! Y nos reuniremos a lo largo y a lo ancho de todo el país, el país que estaba tirado como un trapo y que ahora flamea sin la mancha y sin el remiendo, limpio otra vez, recobrado y reconstruido, bandera para el amparo de todos los leales, emoción y defensa para todos menos para vos. Pero, ¿por qué *menos para vos?* Andá, Mordisquito; date una vuelta por la avenida 9 de Julio el miércoles próximo. A lo mejor te convence el número: ¡no puede ser que tantos estén equivocados y que la razón sea tuya, solito tu alma, parado sobre el metro cuadrado de tu terquedad! Abandoná tus prejuicios, asomáte a la fiesta de los agradecidos y en una de éstas, ¿quién te dice?, el espectáculo te derriba, y de tus escombros nace el argentino nuevo, el argentino que sonríe y que cree. Andá, Mordisquito, acompañá-nos. ¿Por qué no querés ir? ¿O tenés miedo de que te convenza? ¿Cómo? ¿Que no tenés miedo de que te convenza? ¡Vamos! ¿A mí me la vas a contar? No. ¡A mí no me la vas a contar!

XXIX

¿Por qué te dio tanta rabia? Sí... Hoy, Mordisquito, no lo niegues. Hoy, 17 de agosto. ¡No lo niegues porque yo te vi y te oí! ¿Cómo? ¿Qué si estaba cerca tuyo? ¡Incrustado en vos estaba! ¡Fue por eso que no me viste! Frente a la plaza de Mayo. Que hasta allí llegaba, por ese lado, el medio millón de chicos. ¡La baraúnda más linda y más loca que conocí en mi vida!... Yo... ¡Y vos! ¡Medio millón de pájaros estremecidos por un solo anhelo! El de llegar al estadio que!... ¡ya estaba lleno!! ¡Cubiertas las 40 mil plazas del estadio!... ¡y el medio millón afuera, pujando —entre la bullanga más deliciosa— por acercarse al sitio! Como si medio millón de gorriones buscaran, en pleno día, el árbol donde ampararse. Y eso te dio mucha rabia, sí, no lo niegues, porque a mí me gusta tu sinceridad aunque no comparta tu error. A vos te dio mucha rabia, y eso no tiene sentido. Yo estaba incrustado en vos —porque la marea era tal que me aplastó contra tu pecho, del mismo modo que luego me separó sin que me vieras—. Yo estaba apretado a vos, y fue por eso que te oí cuando decías: «¿Ahora también los chicos hacen política?» ¡Sí! ¡No lo niegues! ¡Te oí! «¿Ahora también los chicos hacen política?» ¡Y no! ¿Por qué? ¿A qué le llamas *política*? ¿Agente que da las gracias? Porque los

chicos de hoy fueron a devolver con su presencia lo que han recibido en privilegio. ¿O no sabés que en tu patria primero están los niños y después los niños, y después otra vez los ni-ños? ¿Por qué decís que fueron a hacer política? ¡Si los chicos no votan! Sí... Ya sé, antes votaban hasta los muertos, pero aquí, los chicos de hoy, no votan. ¿Y entonces? ¿Qué rara confusión se ha establecido en tu cabeza como para querer embarrar una fiesta de la emoción, tan linda como esta de hoy, que no tiene parecido en nuestra historia, con una frase descarnada y sin sentido? «¿Ahora también los chicos hacen política?» Y no, Mordisquito... ¡No! ¿Por qué van a hacer política? Si los chicos no saben más que besar o no besar. ¿Y qué? ¿Te dio rabia que hoy quisieran besar? ¿Y no se merecían el beso? ¿Mil besos? ¿Medio millón de besos? Los chicos no intuyen nada de eso que vos querés, los chicos *sienten, ven*. Les han dado todo. Se lo siguen dando, y ellos tienen miedo de que no les den más todo ese amparo. Toda esa ternura. Toda esa esperanza. Y saben quién se lo dio. Todos lo sabemos. Y por eso fueron. ¿Vos no hubieras ido si hubieras tenido esa edad? ¡Y claro que hubieras ido! Un hombre, a fuerza de vivir, se hace hasta desagradecido, pero los chicos, no. Los chicos mantienen hasta una edad —que te olvidaste— la pureza de sus movimientos emotivos. Les das cariño y te dan cariño. Tus hijos, y los hijos de todo el mundo, entienden únicamente un solo idioma: el del cariño que encuentran. ¿Y entonces? ¿Por qué decís que fueron a hacer política? A los chicos les dijeron que los que hoy los hacen felices se quieren ir y los chicos no quieren. ¿Por qué van a querer? Si en la niñez no es la cabeza sino el corazón quien piensa, ¿por qué iban a hacer política? ¿O crees que ellos saben que antes hubo chicos de su sangre y de su tierra, ¡aquí en su tierra!, que vivían sin pan

y morían sin juguetes. Vos sí lo sabías. Y yo también. Pero ellos, ellos no. Y entonces, ¿por qué se te ocurrió que hoy medio millón de chicos adorables iban a hacer política, en vez de pensar que querían darles un beso a los que les dieron la felicidad? ¡Vamos, Mordisquito! ¡A mí no me la vas a contar!, ¿eh?

XXX

Mirá, estoy ronco porque hace tres horas que hablo y no me entendés. Mirá, Mordisquito, durante 1950 el Gobierno repartió títulos, permisos y concesiones sobre tierras a 5.000 mil familias con un total de 22.000 personas. ¿Y sabés qué tierras? Las mismas que durante los años de la incuria permanecieron tiradas como un excedente. Los latifundios, Mordisquito, esos tremendos bostezos de campo laborable, con su entrepiso que esperaba ansiosamente la visita de las raíces que no le llegaban nunca. ¡Claro, mucho lío plantar! ¡Mucho lío el desmonte o el emparve! ¡Tremenda complicación esa de aceitar un arado o una trilladora! ¡Cargosa dificultad esa de abrirle la tranquera a las familias muertas de hambre para que entrasen a roturar la tierra y no sólo ganasen su alimento y su sueldo, sino que acrecentasen las riquezas de los patronos negligentes! No, Mordisquito, ya te lo dije antes: ¡mucho lío! El país estaba repartido en las manos de cien familias. ¡Las cien familias privilegiadas de antes! Claro, si en los latifundios entraba el río de las otras familias —las familias desheredadas y hambrientas— aquella, tierra que no servía para nada serviría para todo, pero los patronos bajaban la argolla de la tranquera, estiraban los tientos del

alambre y se hacían el viajecito a Europa. ¡No podían fallar!

Claro, ellos o bien tenían dinero a paladas y no querían molestarse en subdividir aquellos estériles lagos de pasto o bien pensaban otra cosa. ¡No, si se la tenían bien pensada, no vayas a creer! La subdivisión y el arrendamiento de los latifundios hubieran traído, desde luego, una abundancia de trabajo, pero a los explotadores de la peonada les convenía que el trabajo fuera escaso y ambicionado para así pagar sueldos infames a los desesperados, porque un hombre que tiene a sus espaldas una familia querida a la que mantener, agacha la cabeza, acepta la humillación y el latigazo, trabaja por chauchas, convierte su dignidad de hombre en una miserable heroicidad. ¿Entendés, Mordisquito? Te hablo de gente de campo y te hablo de gente de la ciudad. Lo que ocurría en los latifundios ocurría en las fábricas. El hombre explotaba al hombre porque más allá de los centavos del jornal cruelmente ganado ¡no había nada! Es decir, sí, había cien familias, había cien feudos que pasaban de padres a hijos con un absoluto desprecio de la clase que entonces era el desperdicio o el estropajo, y que hoy es la única clase que reconocemos: ¡la del hombre que trabaja! ¿Cambiaron las cosas, no es cierto? ¡Claro que cambiaron! Acaso vos te encojés de hombros no por maldad, Mordisquito —¡vos no sos malo!—, sino por negligencia. Siempre viviste sin la angustia del peso que falta y nunca llegaba hasta tu mundo el rumor dolorosos de las muchedumbres explotadas. Para vos el resero o el peón o el chacarero eran pintorescos personajes sin problemas sociales, que se pasaban la vida ensillando el pingo pan-garé o tocando no la guitarra sino la vihuela.

Y para vos el obrero no era un padre, un hermano o un hijo, sino un anarquista que salía a hacer ruido los

primeros de mayo, y la fabriquera era un invento de Carriego o un maniquí arrabalero para que encima le cortasen letras Carlos de la Púa o Celedonio Flores. Y no, Mordisquito. Todos ellos eran células de una familia, amores de una familia. ¿Vos te creías que no tenían que vivir y que comer? ¡Sí, comían como vos, vivían y amaban y sufrían como vos! ¡Y ahora, como vos, comen y aman y viven pero ya no sufren! Frente a las 100 familias de todos los años, ahí tenés las 5.000 de un solo año, fecundando el latifundio, trabajando no sólo para ellos sino también para la patria, ¡que es estar trabajando para vos! ¿Entendés, Mordisquito? No, a mí no me vas a contar que no entendés, que no entendiste ya hace mucho. ¡Qué me la vas a contar!

XXXI

¡Mañana! ¡Sí, es mañana! ¡Mañana, Mordisquito! A vos no te habían enseñado que tu patria tiene caminos, ¡una ponchada de caminos, un mundo de caminos! Vos vivías en la ciudad, como en un aula de *portland* y creías que el país terminaba en la avenida de circunvalación. ¡Y no, Mordisquito! No, no. Tu patria tiene multitud de caminos, y si todavía no aprendiste a saberlo, mañana aprenderás, porque por esos caminos llegará el alegre tumulto de los hombres sin angustias, el fervoroso bochinche de los que comen y sueñan, todo ese conmovido y sonoro enjambre de la gratitud. Nunca, ¿me oís bien?, ¡nunca tu patria había conocido una fiesta como la de mañana, enorme fiesta, fiesta monumental! Hubo otras —¡claro que hubo otra!— preciosas fiestas, pero como ésta, con la fuerza, el color y el amor de ésta, ¡a mí no me vas a contar que hubo otra! ¡No, a mí no me la vas a contar! Mirá, todo esto que está en el aire, no como un blandito perfume de tocador, pura loción, métale extracto, sino como un tremendo aroma de pampa, de pasto, ¡de sinceridad!, todo esto, Mordisquito, tan popular y tan maravilloso, me da miedo. ¡No, no, entendéme! Tengo miedo por mí, tengo miedo por mis palabras de esta noche. Porque en una de éstas me levanta en vilo el entusiasmo

de los otros, ¡mi propio entusiasmo! y en vez de hablarte razonando me pongo a gritar, Mordisquito. ¡Qué lindo es gritar a veces, cuando el grito es una profesión de fe y no te lo ahogan con un bife! ¡Qué lindo es perder la línea y entrar en la noche a saltos, cuando el motivo del salto no es un planazo sino una convicción! Sí, ya sé que es lindo, pero debo mantener ante tu terquedad sin justificativo una postura tranquila y afectuosa, sin gritos. Yo sé que a vos te molestan los gritos, sobre todo cuando cantan verdades, ¡verdades como estas de mañana, las verdades cumplidas, las verdades que se prometieron hace seis años en otra noche que ya no sé si nos pertenece, porque la historia la pidió para ella y la ha colocado entre las noches sagradas de tu país! ¡No, a mí no me vas a decir que no te acordás de aquella noche! Fue la noche de la desesperación, del amor y de la promesa. Pero la desesperación terminó y el amor sigue y las promesas se cumplieron. ¿Te acordás, Mordisquito? Las viejas plataformas políticas, las plataformas previas a las elecciones, donde el fraude era una costumbre social, estaban cargadas de promesas!, y cuando llegaba el momento del poder, aquellos que habían prometido se encogían de hombros, le daban la espalda al pueblo, ¡y que el pueblo se muriese de hambre o de pena, mientras los hombres seguían explotando a los hombres, mientras los ricos seguían siendo muy ricos y los pobres muy pobres, y el acomodo, el peculado, la coima y la dependencia de los capitales extranjeros seguían siendo las columnas donde se apoyaba la indignidad! Hace seis años, durante una noche que ya está en la historia, un hombre le prometió a un pueblo el derrumbe de los viejos ídolos, la persecución sin cuartel de las vergüenzas tradicionales y la devolución del respeto a la única clase que lo había perdido.

El respeto a la clase de los hombres que trabajan. Y esa promesa fue superada, porque los años trajeron todavía más de cuanto se había prometido, ¡mucho más, muchísimo más! Por eso, desde todos los caminos de tu patria —recuperada— avanza la formidable fiesta de mañana, con sus gritos, sus banderas y sus esperanzas. El que prometió ha cumplido ya: ¡la pobreza no es un destino forzoso en esta tierra! Y los humildes no quieren despojarse de sus conquistas, de ese millón de conquistas que, junto a, ese hombre, les alcanzó también la mano enternecedora de una mujer de asombro. De una mujer que quemando su vida en el fervor más bello ha hecho posible para los hombres, en esta tierra, un montón de cosas que antes sólo estaban prometidas para el cielo. Para eso llegan, para eso cantan, para eso piden. Y no piden una conquista nueva, sino que piden la presencia de los que conquistaron para ellos tanta dicha. No quieren perderlos, Mordisquito, ¡y no los van a perder! ¡Mañana! ¿Entendés? ¡Todo esto cabe en la conmovedora y alegre fecha de mañana! ¿Entrás en su grandeza, comprendés su grandeza? ¡No, a mí no me vas a contar que no la comprendés!